

JAVIER PÉREZ DE CUÉLLAR

*Ernesto Pinto-Bazurco Rittler**

RESUMEN

Ernesto Pinto narra las experiencias diplomáticas con Javier Pérez de Cuéllar, entre ellas su camino como Secretario General de Cancillería en la década Militar del siglo pasado y su cargo de secretario general de la ONU en la cual tuvo negociaciones delicadas en varios puntos conflictivos como lo de Pakistán y Afganistán. Su carrera política en los 90s, cuando postuló a la presidencia de la República y en el 2000 cuando le designaron en el gobierno de Paniagua el puesto de Primer Ministro y Canciller de la República. Ernesto Pinto nos destaca y describe su admiración hacia Pérez de Cuéllar y su personalidad. Pérez de Cuéllar y los logros en su posición como ministro de recuperar la democracia e intereses que fueron saqueados en los 90s. Para finalizar Ernesto Pinto nos da una visión de la globalización y sus teorías de lo que podría ser las relaciones internacionales en las próximas décadas.

* Abogado y jurista. Ha sido profesor de la Universidad de Lima y la Academia Diplomática. Graduado con Maestría en Alemania y estudios de doctorado en Suiza. Conferencista invitado en diversas universidades del mundo. Ha publicado diez libros en distintos países y es autor de artículos periodísticos. Condecorado por el Reino de Bélgica, Guatemala, Argentina y Alemania. Premiado por el Instituto Económico Europeo. Le otorgaron en Europa el importante Premio Palmer. También fue propuesto para el Premio Nobel de la Paz.

ABSTRACT

Ernesto Pinto recounts the diplomatic experiences with Javier Pérez de Cuéllar, including his path as Secretary General of the Chancellery in the Military decade of the last century and his position as Secretary General of the UN, in which he had delicate negotiations in several trouble spots such as Pakistan and Afghanistan. His political career in the 90s, when he applied for the Presidency of the Republic and in 2000 when he was appointed in the government of Paniagua the position of Prime Minister and Chancellor of the Republic. Ernesto Pinto highlights us and describes his admiration for Pérez de Cuéllar and his personality. Pérez de Cuéllar and the achievements in his position as minister of recovering democracy and interests that were plundered in the 90s. To conclude Ernesto Pinto gives us a vision of globalization and its theories of what international relations could be in the coming decades.

Palabras clave: ONU, Guerra Fría, Segunda Guerra Mundial, Revolución de mayo de 1968, Javier Pérez de Cuéllar, Velazco Alvarado, Fernando Belaunde, Consejo de Seguridad, Cascos Azules, Servicio diplomático.

Keywords: UN, Cold War, World War II, May 1968 Revolution, Javier Pérez de Cuéllar, Velazco Alvarado, Fernando Belaunde, Security Council, Blue Helmets, Diplomatic service.

- - -

Javier Pérez de Cuéllar cumple 99 años de vida el 19 de enero del 2019. Gran parte de ella dedicada a servir, con excelencia, al Perú y a la Comunidad Internacional.

Conocí al embajador Pérez de Cuéllar en marzo de 1973, cuando llegué a Nueva York para integrarme a la Misión Permanente del Perú ante las Naciones Unidas. Se vivían circunstancias especiales en el Mundo, que demandaban una mayor acción de las Naciones Unidas. Consecuentemente se estaba buscando una efectiva gravitación de la diplomacia multilateral en la solución de varios problemas que constituían una amenaza a la paz y seguridad mundial.

Pérez de Cuéllar conocía las Naciones Unidas desde su creación. Asistió a su formación en 1946, el mismo mes de octubre de ese año en que yo naciera.

Como se recuerda la ONU fue creada al finalizar la Segunda Guerra Mundial, como un organismo internacional que sucediera a la Liga de las Naciones, entidad esta última que había mostrado poca eficacia y no pudo evitar la gran confrontación entre los países más importantes del mundo, la Segunda Guerra Mundial, en la que murieron más de sesenta millones de personas.

Una de las características de esta gran guerra, llamada también industrial por el empleo de armas de destrucción masiva, fue que murieron más civiles que militares. Por el hecho de que yo naciera en los escombros de la Segunda Guerra Mundial en Alemania –país que fue principal protagonista– tenía muy presente el significativo daño a personas inocentes de un conflicto armado que era propiciado por errores de la clase política. Vivía en mí la convicción de que era necesario, ante todo preservar la paz, y para que ella perdure, debía procurarse la justicia. Y dentro del concepto más amplio de lo equitativo, era imprescindible luchar por el desarrollo y la igualdad de los hombres, así como el respeto a las legítimas aspiraciones de los pueblos.

Prevalecía entonces en 1973 una confrontación de intereses, que se expresaba dramáticamente en la llamada Guerra Fría. Las zonas de confrontación –en las que se seguía matando y malgastando recursos– no afectaban a las metrópolis de mayor importancia. Sin embargo, estos conflictos respondían a los intereses hegemónicos de las Grandes Potencias. No obstante, estos países contaban con un arsenal de armas letales masivas –como la bomba atómica o la de hidrogeno– con el que mutuamente se amenazaban. La destrucción de toda o gran parte de la Humanidad era una amenaza real.

En Europa estaba todavía fresca la influencia de la Revolución de mayo de 1968, generada por estudiantes e intelectuales pacifistas que se habían manifestado en París con Cohen Bendit a la cabeza. A este último, que se le conocía como Barba Roja, lo logre a entrevistar en forma exclusiva para

el diario *El Comercio*, en circunstancias que lamentábamos los efectos nocivos de la dictadura en el Perú instaurada en la década de los noventa.

En Latinoamérica, algo menos afortunada, todavía entonces en la década de los setenta se sufrían las consecuencias de la Revolución Cubana, manejada por personas de menor nivel intelectual y calidad humana, que habían optado por el camino de la violencia. Entre ellas el astuto Fidel Castro, con el que en un momento difícil sostuve importantes negociaciones. Estos se afanaban en exportar los métodos de guerra de guerrillas al África y Latinoamérica. El Perú fue víctima de ello, cuando muchos jóvenes como Javier Heraud estaban dispuestos a morir o dar su vida por ideologías foráneas. Fernando Belaunde combatió a los subversivos con éxito. Aun así, recién con el gobierno militar del general Velasco Alvarado —y la amnistía que impuso— pudo recuperarse la paz interna.

El entonces joven embajador Pérez de Cuéllar fue Secretario General del Ministerio de Relaciones Exteriores en octubre de 1968, cuando asumió el poder la Junta Militar de Gobierno. El Gobierno Revolucionario tomó medidas contra una compañía transnacional norteamericana y nacionalizó el petróleo. A la vez abrió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y los países de Europa del Este. Pérez de Cuéllar había sido el primer embajador peruano en Moscú que se le asignó esta delicada tarea. También en la República Popular de China se le reconocía su compromiso de haber influido para la apertura de nuestra embajada en Beijing. De ese aprecio fui testigo cuando años después Pérez de Cuéllar visitó China y yo me encontraba a cargo de nuestra Misión Diplomática. Entonces, Pérez de Cuéllar en las Naciones Unidas contaba con el excelente y extraordinario currículum de haber servido también en el Reino Unido de Gran Bretaña, así como en Francia, ambos países —al igual que la URSS y China— miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

Por su política exterior independiente frente a los grupos de poder dominantes, el Perú asumió un liderazgo muy activo en el Grupo de los 77, así como en los países No Alineados.

En este panorama, una de mis primeras tareas fue la de integrarme, con nuevas ideas y acciones, al equipo que buscaba la elección de nuestro

país como miembro no permanente del Consejo de Seguridad. Efectivamente en 1974 tuvimos éxito y fuimos elegidos.

¿Para qué serviría ello al Perú? ¿qué logremos y que ganaremos además de prestigio? me preguntaba con este acostumbrado raciocinio germánico heredado de mi madre. Si se sabía que en el Consejo de Seguridad los miembros no permanentes estaban en una desventaja real. Solo los permanentes, es decir los países vencedores en la Segunda Guerra Mundial, tenían derecho al veto. Es decir, si todos llevábamos una propuesta bastara que uno de esos países no esté de acuerdo, para que esta no se aprobara. Luego tuve que aceptar que la ONU procuraba un mecanismo jurídicamente imperfecto, pero políticamente perfecto. Prevalecía la razón de los que tenían la fuerza. Y esto, junto a la burocracia interna que se formaba en su seno, será la garantía de su supervivencia, aun cuando no pueda evitar que siga habiendo guerras. El Perú también estuvo dentro de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial –los llamados Aliados– pero le faltaba gravitación política y de cierto modo decisión para lograrla.

En consecuencia, había que ganarla mediante la otra opción que ofrece la ONU que es la negociación multilateral. Así logramos involucrarnos en las negociaciones para los esfuerzos de descolonización en el África e igualmente en la lucha contra el Apartheid en Sudáfrica. Asimismo, propuse que el Perú integrara las llamadas Fuerzas de Emergencia de las Naciones Unidas, que se identificaban con el nombre de Cascos Azules. El llamado Batallón Perú fue emplazado a las alturas del Golán. Lo comandaba el General Briceño. Los militares peruanos cumplieron una importante labor en el mantenimiento de la paz en el oriente medio. Tres soldados peruanos fallecieron en esta misión de paz. En varios de mis libros resalto el nombre del soldado Vicente Rojas Regalado, a quien no conocí, pero seguí su trayectoria, dentro de mis responsabilidades de coordinar en el ambo político las acciones del Batallón Perú.

Pérez de Cuéllar, que ejerció la presidencia del Consejo de Seguridad en dos oportunidades, tuvo una actuación especialmente relevante. El Perú no solo gano prestigio Las Naciones Unidas decidieron asignarle al diplomático peruano la delicada responsabilidad de negociar la paz entre chipriotas turcos

y griegos con el cargo de Enviado Especial de la ONU en Nicosia. Su presencia permitió que no escalara el conflicto en Chipre.

Años más tarde tuvo aún mayores responsabilidades como Sub Secretario General de la ONU. Fue comisionado para resolver el conflicto armado entre Pakistán y Afganistán.

Fue elegido Secretario General de la ONU a partir de enero de 1982 y reelegido en 1987, sumando dos periodos, por un total de diez años. Ningún peruano alcanza un cargo tal alto en la organización mundial.

Tampoco a ningún Secretario General de las Naciones Unidas le tocó una tarea tan compleja en circunstancias cruciales para la Humanidad. Recuérdese que al final de los ochenta se produce la disolución de la Unión Soviética, así como la Caída del Muro de Berlín. Todo ello se desarrolló en forma pacífica, con el constante apoyo de una Comunidad Internacional organizada bajo un sistema político que privilegiaba la paz y seguridad internacional y los instrumentos del derecho internacional institucionalizado en las Naciones Unidas.

También tuvo éxito cuando en su capacidad de Secretario General se comprometió personalmente para resolver la guerra entre Irak e Irán.

Era una consecuencia lógica que Pérez de Cuéllar sea solicitado para resolver –con su demostrada capacidad y experiencia– problemas políticos internos en su país. Se había instalado en el poder un grupo de personas que generaban serias dudas. En elecciones dudosas frente al prestigioso intelectual Mario Vargas Llosa se había hecho del cargo de presidente un ciudadano que no se sabía con claridad si había nacido en el Japón, aunque manifestaba ser peruano, pero que indudablemente obedecía a costumbres e intereses de una minoría emigrante que lo rodeaba.

En 1992 el dictador, atento contra el Servicio Diplomático con el cese de 117 funcionarios. Nombro al esposo de su hermana, otro japonés, como embajador en Tokio, país donde huyo después. Con esos propósitos, era obvio que al dictador le incomodaban las personas inteligentes y decentes. Por ello ceso ilegalmente a otro grupo destacado de diplomáticos. Redujo la capacidad

operativa del Servicio Diplomático a casi la mitad. Además, cerró la Academia Diplomática.

Fue para mí muy grato que, en esas circunstancias, Javier Pérez de Cuéllar prologara mi primer libro, titulado Derecho Internacional Política Exterior y Diplomacia. Este trabajo es un esfuerzo de síntesis en destacar la interrelación entre estas tres disciplinas y por ello fue propiciado por la Fundación Adenauer y la Universidad de Lima.

Pérez de Cuéllar no solo se limitó al prologo. También presento el libro en la Academia Diplomática, que hoy lleva su nombre. En esa ocasión se refirió a la importancia y oportunidad del libro diciendo que en nuestro país existe un déficit en conocimientos sobre la materia. Este acto fue destacado por la Revista Caretas.

Más tarde Pérez de Cuéllar hizo la presentación de méritos *–laudatio–* para que se me otorgara el título de doctor *Honoris Causa* en la Universidad Ricardo Palma. Fue un reconocimiento a mi Tesis respecto a que es obligación brindar ante todo protección al perseguido, ates aun de calificarlo como asilado o refugiado. Posición jurídica que tuve ocasión de poner en práctica al acoger a más de diez mil cubanos en nuestra embajada en 1980

En 1995 un grupo importante de ciudadanos fundaron un partido político, buscando unión por el Perú. Pérez de Cuéllar asumió el reto de desafiar por el camino democrático a la mafia que no quería dejar el poder. No lo logro, en razón de que la camarilla usaba métodos delictivos.

Después de varios años de dictadura y de violencia interna y conflicto armado externo, y 25 mil peruanos muertos, el dictador huyo del país. El gobierno de Paniagua designo a Pérez de Cuéllar como presidente del Consejo de Ministros (Primer Ministro) y además Canciller de la Republica.

En ese alto cargo puso énfasis en la moral personal y la ética profesional, lo que aplico en la corrección de las relaciones sociales enfatizando justicia y equidad. Se abrió un camino de dialogo para elecciones libres y recuperación de la democracia. Lo que serenamente Pérez de Cuéllar puso en evidencia,

que esa era la mejor opción para la política eficiente y eficaz que en suma debe caracterizar a la gobernabilidad.

Durante este ejercicio el jurista Pérez de Cuéllar asimismo logro recuperar el prestigio internacional que el Perú había perdido a causa de la interrupción del Estado de Derecho y el atropello a la democracia.

Pérez de Cuéllar marco el inicio de la lucha contra la corrupción con el éxito inmediato, Recuerdo las coordinaciones, entonces confidenciales, que realice con el cuándo se descubrió los depósitos en la banca suiza de Montesinos. Lo que facilito la captura del facineroso en Venezuela. Pérez de Cuéllar, desde su cargo de Primer Ministro y Canciller me encargo las coordinaciones para arrestar y luego repatriar esa importante suma. Lo que fue posible gracias a la rápida actuación del entonces Ministro de Justicia Diego García Sayán y la Fiscal Nelly Calderón. En algunas etapas también participaron otros actores como el entonces procurador Ugaz.

Luego de descubrirían graves crímenes de desapariciones forzosas, homicidio calificado, entre otros, así como los actos delictivos como tráfico de armas –cuyos réditos fueron depositados en cuentas en bancos suizos– propiciados por una camarilla de sujetos con altos cargos políticos, que fueron luego, en su mayoría, debidamente juzgados y condenados. Actos delictivos que por su trascendencia fueron sancionados tanto por la justicia interna como calificados por tribunales de otros países. El fugitivo dictador trato de ingresar en la política japonesa. Obviamente que, con sus antecedentes y la vocación familiar por el fracaso, no fue aceptado.

Cabe recordar, en este contexto, que hay crímenes aun no sancionados. Así como reparaciones que tampoco se han hecho efectivas. Durante la dictadura se produjo el conflicto armado con Ecuador. En el perdieron la vida cerca de cien peruanos y se concedió espacios soberanos. El dictador y sus asesores desviaron recursos en tiempo de guerra externa. Lo cual es sancionado de acuerdo a nuestra Constitución, con la Pena de Muerte.

Aun hoy asistimos al triste espectáculo público de que subsisten rezagos familiarizados con el exdictador. Son argollas enfrentadas buscando el beneficio propio, que han usado cargos públicos rentados. Y han contaminado

negativamente la política peruana generando zozobra y desconfianza. Pagan con dinero mal habido sus continuos fracasos y persisten en el sendero de la corrupción. El Perú sigue amenazado por acciones terroristas que han causado muchas muertes. El narcotráfico –que fue práctica cotidiana en la dictadura incluso usando el avión presidencial– continúa causando estragos. En la dictadura familiar que afectó al Perú por casi once años, se había ejercido una práctica inusual en otras partes del mundo: la corrupción era fomentada y coordinada desde el aparato estatal mismo.

Por ello mismo el estadista Pérez de Cuéllar se constituyó en voz referente en la vida pública del Perú. De lo decente en la política. Particularmente se dedicó a escribir sus memorias, así como obra literaria. Antes ya había hecho un importante aporte a la formación de los diplomáticos con su Manual de Derecho Diplomático publicado en 1964, así como con sus libros Peregrinaje por la Paz, aparecido en 1987 y sus Memorias y Recuerdos Personales, que salió a la luz el 2013.

Cuando se ha trabajado muchos años con Pérez de Cuéllar, se sabe que además de un caballero elegante, afable y siempre atento, está la personalidad de un observador que analiza todo en profundidad. Y, con fino humor, puede realizar una caricatura verbal sobre cualquier persona. Por ello lo anime a que, a los noventa y tres años escribiera una novela en que describiera los personajes que el mismo descubriera. Lo acompañe en la concepción y luego en la presentación de su novela Los Andagoya, que retrata la vida de varios miembros de una familia en el Perú durante el siglo XX.

En la vida privada, Pérez de Cuéllar tuvo a bien ser el padrino de mi matrimonio con Lilly Barandiarán, que se realizó en la Residencia de la Representación Permanente del Perú en Nueva York. Esa casa citadina, excelentemente ubicada en la calle 67, que había pertenecido a la famosa Gloria Vanderbilt, que Pérez de Cuéllar compro para el Estado peruano a buen precio. Lilly y yo somos de la generación de los hijos de Pérez de Cuéllar: Pitusa y Paco, con los que nos une gran aprecio.

Entre las muchas lecciones que aprendí de Pérez de Cuéllar, quiero destacar dos: Cuando los gobiernos latinoamericanos se vistieron de uniforme

militar –para complacencia de la Potencia dominante en el hemisferio– era necesario evitar que tomen medidas que violen los derechos fundaméntales. Pérez de Cuéllar ejerció durante el Gobierno de Velasco Alvarado una suerte de diplomacia hacia el Perú, en la que informaba sobre la repercusión negativa que podrían tener internacionalmente cuando algunas medidas o acciones extremas serían evaluadas por en foros mundiales. Gracias a esta sutil forma de diplomacia, el Perú salió libre de acusaciones internacionales. No fue el caso de Argentina o Chile cuyo pueblo fue violentado por los desafortunados regímenes militares de Videla y Pinochet.

La segunda lección que quiero traer a colación es que el deber de un diplomático no solo es cumplir instrucciones de un gobierno, sino principalmente lograr que estas sean propicias. En ese mismo sentido el embajador Pérez de Cuéllar me enseñó que, falta de instrucciones, el diplomático debe actuar acorde al Derecho Internacional y la proyección de una política exterior, a fin de preservar los intereses permanentes del país, y siempre en favor de la paz e integridad física de las personas. Ello me inspiró a acoger y dar protección a más de diez mil cubanos disidentes del régimen de Castro en 1980 cuando tenía la jefatura de nuestra Misión diplomática en La Habana. Sobre este asunto publique recientemente el libro *Diplomacia por la Libertad*, con la convicción de proponer nuevas ideas para solucionar la crisis mundial de refugiados.

En los últimos años se está formando una generación global, con más similitudes que diferencias. Una característica general es la incertidumbre para todos ante un futuro en que hay mucha información y pocas oportunidades. En el llamado Primer Mundo los riesgos para los jóvenes están cada vez más presentes. A pesar de ello, por diversos factores –entre ellos la circulación de imágenes de propaganda– el objetivo deseado por muchos habitantes de zonas marginadas en el mundo, es llegar a las metrópolis de los países ricos. Aun cuando ahí les espera un trabajo duro de servidumbre que generalmente está por debajo de sus capacidades. Motivado por las libertades de una cultura occidental avanzada y sus comodidades, migran –sin considerar riesgos– con la esperanza de compartir en algo ese aparente bienestar.

Lo que ya se está perfilando en la actualidad tomara formas más dramáticas en el futuro. Se generará una lucha global por la distribución de la riqueza en que serán frágiles todos los acuerdos y convenciones. Una expresión de esto ya la estamos viendo en la guerra comercial que se inicia. Así como en un nuevo inicio de la Guerra Fría.

El resultado será una relación mutua cargada de conflictos, en la que la misma generación global se verá enfrentada, a espaldas de sus verdaderos intereses.

No cabe duda que en estas circunstancias hay una responsabilidad de los políticos de procurar el bienestar a sus naciones dentro de las fronteras de los respectivos estados. Pero hay también una responsabilidad de los diplomáticos, de preservar, con una negociación bilateral o multilateral que este proceso de internacionalización, mal llamado globalización se realice sin afectar la paz y seguridad.

Para que esto suceda es necesario sincerarse reconocer que la llamada globalización no ha solucionado los problemas para muchos, puesto que han sido privilegiados tanto el tránsito de mercaderías como el capital, frente al de personas. En definitiva, son estas, con su trabajo y en su integración como consumidores, también un factor importante en la dinamización de la economía mundial.

Pérez de Cuéllar fue un visionario. Su compromiso por la descolonización, en la lucha contra el Apartheid y a favor de los Derechos Humanos, tenía como inspiración no solo la justicia social, sino la integración de las personas, de cualquier región del Mundo, en una sociedad de bienestar, lo que lo convirtió en un verdadero luchador por la paz.

El diplomático peruano que siempre se caracterizó como un hombre de talante y talento tuvo como una de sus cualidades más importantes la de saber escoger la gente que lo rodea. Recuerdo que ese equipo del cual Pérez de Cuéllar era jefe cuando lo conocí, estaba conformado por diplomáticos – la mayoría muy jóvenes- de excepcional calidad personal y capacidad profesional. Ello quedo demostrado cuando todos estos funcionarios, después de unos

años, llegaron a ser jefes de una embajada. Es pues el embajador Pérez de Cuéllar un gran y perdurable Maestro.

Javier Pérez de Cuéllar pertenece a esa generación privilegiada de prohombres, como el Amauta Francisco Miro Quesada Cantuarias o el demócrata Luis Bedoya Reyes, que son el vivo ejemplo para todos los hombres de bien, porque sintetizan en sus logros los valores más altos, donde la armonía vence la discordia y el ciego fanatismo. Y nos recuerdan que la democracia es, ante todo, respeto al semejante, libertad para casa uno, así como la justa coexistencia de la diversidad.

* * *